

Capítulo de regalo de *Un bueco en el silencio*

Lidia no ha dejado de darle vueltas a la idea de que en la hacienda se cosifica. Mientras más lo analiza, más se rebela aunque comprende que saberlo la salva de los intentos por hacerla invisible o arrebatarle la voluntad. Pueden, momentáneamente, uniformarla y hasta callar su temperamento pero no logran transformar su juicio, en realidad lo reafirman en cada intento por convertirla en robot. Tiene claro que la mecánica funciona: la mayoría, a base de repetición, graba las instrucciones de las superiores y acaba por ser una más del modelo servicial que se diseña en el Centro. Si antes imaginó el sitio como un teatro, ahora le parece una fábrica de producción en serie. Por el momento se divierte haciendo un promocional de la auxiliar perfecta. En una hoja doblada a la mitad, dibuja, en lo que sería la tapa frontal, un prototipo: una mujer vestida de blanco impoluto, filipina y delantal incluidos, con el gorro de cocinero ceñido a la frente y voluminoso en la parte trasera para albergar el pelo; la cara de ojos pequeños, lavada, con una sonrisa discreta que denota la actitud amable pero respetuosa solicitada por la directora. Bajo la imagen escribe “Centro Educativo en Servicios para la Mujer”. Abre la hoja y en el interior se dispone a enlistar las cualidades de su modelo. Combina su pensar con el discurso de la academia. El primer atributo

que le viene a la cabeza es la obediencia; sin embargo no lo pone así porque, si bien es verdad, ningún folleto lo plantearía de ese modo. Con el lápiz en la mano se detiene a pensar en el lenguaje de la supervisora. Ya sé, el primer punto es voluntad asistencial: decir amén a toda solicitud, anota. El segundo es perfección en la friega diaria, o como lo dirían aquí, máxima calidad: dominio de la escoba, el trapeador y los sartenes. Tras una tercera marca, pensando otra vez en la sonrisa complaciente y los ojos sumisos, pone calidez: <cara de lo que usted mande.> Sigue con valores: nada de raterías, coqueteos o peladeces. En un quinto punto escribe compromiso: ya llegaste, ya te amolaste. Finalmente, tras meditarlo varios minutos determina que el último inciso es lo que llaman espíritu emprendedor: deseo de llegar lejos armada con la escoba y una cazuela como escudo. Este concepto es el que más conflicto le causa. Tiene claro que es parte de la labor de convencimiento que se hace con las familias. Por supuesto ha oído hablar de la posibilidad de conseguir empleo en un hotel, pero limpiar cuartos no es mejor que su sueño de ser manicurista y los nombres tan adornados de las asignaturas nada tienen que ver con la realidad. Servicio de comedores no es otra cosa que poner y atender mesas, lo más elaborado que he aprendido es distintas formas de doblar servilletas, se dice. Técnicas culinarias se traduce en horas y horas de cocina. Sí, es verdad que sabe el punto exacto de cocción de los espárragos y se conoce las mañas del horno pero, al final, sus ideales están lejos de la parrilla o la tabla de cortar verduras, aunque se trate de lindas flores para adornar los platos. No es extraño verla enjuagando frutas y

vegetales con la vista perdida en el exterior, en las ramas de los árboles que le parecen más diversas que sus días. Deja de desperdiciar el agua, le gritan en esas ocasiones. Mantenimiento I consigue ponerla de mal humor. Cómo ordenar los jabones, cómo diluirlos para que rindan, cómo encerar los cristos y lustrar las manijas de las puertas o cómo pintar el zoclo, según ella, no puede llamarse enseñanza. La frase predilecta de la supervisora, la práctica hace al maestro, es el truco perfecto. Es cierto que la repetición da dominio pero Lidia preferiría ensayar otras cosas. La clase que más le gusta es la de administración, ahí se siente en una escuela, sentada frente a una mesa y con un cuaderno. Muchas compañeras se quejan de los números pero a ella le entretienen los ejercicios de ingresos y gastos semanales. También el curso de inglés le atrae, es un reto memorizar tantas palabras. Un segundo idioma es un aprendizaje valioso, es algo relacionado con el dichoso deseo de superación. Espíritu emprendedor: deseo de llegar lejos armada con la escoba y una cazuela como escudo, lee en su panfleto. Mira el reloj, cierra la hoja y la esconde bajo su ropa interior. Si alguien la encontrara, la acusarían de faltar a casi todos los incisos descritos. Serán capaces de correrme, se pregunta, imaginando el sermón porque ya le han dicho que la burla atenta contra el espíritu de servicio, contra la calidez, el buen gusto, el compromiso y hasta contra la caridad cristiana. Ni modo, a ver si mañana lo acabo, se dice, sabiendo que se terminó su tiempo libre y que no es sencillo conseguir espacios para estar sola. Al salir del

cuarto, sigue pensando en su folleto, en que le faltó poner los datos para contactarla. Lidia Huerta Ramos, nada de Consuelo. Consuelo de qué o para quién.

En general, la asignatura de Religión y Teología le produce pereza y cierto fastidio pero ahora entra al salón de clases con el ánimo censorador recién afilado por su panfleto. En principio no le extrañó la existencia de la materia porque el Centro pertenece a una institución religiosa y la veía como un formalismo. Poco después, la insistencia en la culpa y el infierno convirtieron la apatía inicial en desagrado. Les encanta que tengamos pesadillas, comenta al terminar cada sesión. Hoy, tras sentirse dentro de una fábrica de robots, considera que la catequesis es la herramienta central. El recibimiento de la profesora se lo confirma: Antes de estudiar este pasaje, recuerden que la palabra de Dios se debe escuchar con apertura, sin espíritu crítico para que la inteligencia divina sea quien actúe en nosotros. Nada tontos, se dice. Se sienta en su lugar dispuesta a engarzar la sesión con sus cavilaciones; le resulta evidente que las cualidades que anotó en su folleto se cincelan y pulen entre las parábolas de esa clase. Hoy vamos a hablar del libro de Jonás, cuyo nombre en hebreo significa paloma de la paz, dice la maestra, al iniciar la lectura de los versículos. Si hay que sentir y pensar como en las historias de la Biblia, entonces por necia me peleo con todo; a ver de qué forma sobrevivió el tal Jonás en la panza de una ballena, además de imposible es cruel, tanto como que un padre esté dispuesto a sacrificar a su hijo; yo no mataría a mi papá, se dice, al recordar el pasaje de Abraham que leyeron la semana anterior y darse cuenta de

que hizo bien en poner la obediencia o voluntad asistencial al principio de su lista. Claro, una vez adiestrada la mente, amén, y el peinado o la limpieza de perillas son baba de perico comparados con cortarle el pescuezo a un pariente o tener que pasar tres días en las tripas de un animal. El discurso de la maestra se centra en el objetivo de la lectura: Es un mensaje de salvación, Dios siempre ofrece nuevas oportunidades y la ciudad de Nínive se redimió; no fue destruida porque sus pobladores se arrepintieron gracias a la advertencia de Jonás. Claro, ha de haber sido muy convincente, ya sabía que Dios no se anda por las ramas; les debe haber dicho que obedeciendo te ahorras muchas complicaciones, concluye Lidia. Jonás fue el mensajero, titubeó porque el temor es humano, también se molestó cuando su profecía no se realizó pues la arrogancia es igualmente humana, pero cumplió su encomienda y sirvió a Nuestro Señor. Qué chiste, era ir o morirse adentro del animal, te cuabras porque te cuabras. Las pruebas que nos pone Dios pueden parecer insuperables pero miren, Jonás y Nínive se salvaron. No debemos desanimarnos ni ver los obstáculos como límites, los únicos frenos de Jonás fueron los sentimientos terrenales; hay que hacerlos a un lado para poder escuchar. Sí, ni te enojas por andar de recadera, mesera, cocinera o cualquier otra cosa, cuando sientas que te traga la tierra o una ballena, respira en espera del siguiente encargo. Debemos entender, para nosotros el vientre del pez es un espacio de oración para reflexionar sobre lo que se nos pide. Sí, aquí la panza de la ballena es esta clase, igual de alejada del mundo, igual de obligatoria, igual de eficiente porque Margarita

ya es un Jonás completo o un Abraham que cumple cualquier orden, como si siempre hubiera sido una niña obediente, se dice, evocando los robos de botones para sus juegos infantiles. Mira a su amiga y no puede contener un suspiro porque descubre la imagen de su folleto. Margarita es la mujer del uniforme y la sonrisa discreta, la auxiliar de ojos bajos y rezos elevados. A ella ya la escupió la ballena totalmente convertida, ya no necesitaría estar en la clase de religión, y yo tampoco porque, al contrario que Margarita, ni en tres días ni en tres años voy a dejar de ser como soy: Lidia Huerta Ramos, nada de Consuelo ni pariente de Jonás, Abraham o cualquier santo de catecismo.

La historia de Jonás la persigue durante el resto del día. En Técnicas Culinarias, el trenzado de un pan de brioche no consigue mantenerla en la descripción que hace la instructora del barnizado perfecto o en la enumeración de los alimentos que mejor acompaña. Al meter el pan al horno, ve la puerta del aparato como las fauces de la ballena y en las barras trenzadas descubre a Jonás, sin alternativa, atado de brazos. Como que les van a hacer manita de puerco ahí adentro, les dice mentalmente a las hogazas. Van a salir doradas y listas, ¿o prefieren achicharrarse y que nadie se las coma?, ya es muy tarde para convertirse en otra masa o volver a ser harina, ya se fregaron. Cuando salen los primeros panes y la maestra los parte y se los da a probar, Lidia se da cuenta de que la trenza es un reflejo de las alumnas. En apariencia es inmejorable pero en realidad es menos sabrosa y llenadora que los típicos bolillos. Aquí les gustan los cerebros esponjosos,

agujereados como esta miga que nada absorbe y deja que todo se escurra, piensa. Yo quiero ser... un migajón más sólido... una tortilla para todos los moles... harina, sólo harina... que no me junten con agua y menos si es bendita, que me dejen a mi aire, aunque no brille tan bonito, aunque no haya historias sobre mí, aunque las amigas presuman que prefieren el brioche al bolillo. Hasta el rato, Jonacitas, les dice a las trenzas. Ahorita vengo, Encarna-Jonás, voy al baño, le dice a Margarita.

—Qué, cómo me dijiste —pregunta la amiga sin obtener respuesta.

Margarita comprende que Lidia acaba de sacar el nombre de la clase anterior, lo que no puede entender es por qué decidió usarlo en ella. Está segura de que ya se le ocurrió alguna de sus excentricidades y prefiere dar por terminado el asunto. No piensa retomar el comentario para no caer en el juego. Lidia es capaz de inventar mil cuentos en los que la única que sale bien parada es ella; las demás siempre resultan ingenuas sino es que idiotas perdidas. Por qué Jonás, se pregunta. Ha de ser porque, en su opinión, no veo nada y ya se le ocurrió que vivo a oscuras en el interior de una ballena. Si no fuera porque es tan rápida para contestar, le diría que Jonás le queda a ella, sufre por andar de rebelde. Bien dicen aquí que quien confía en su propio corazón es necio. Desde chica, a la fuerza había que hacer las cosas a su modo. Se le olvida que allá éramos niñas, aquí no estamos en la calle sin alguien con tiempo suficiente para ocuparse de nosotros. Qué más le da ceder un poco, hasta yo me canso de verla pelear todo el día. Se toma las cosas

como si fueran para siempre, como si cada minuto resultara importantísimo. Se queja de la cocina y estaba a punto de acunar los panes, igual que hacíamos con nuestra muñeca, se dice Margarita, en tanto termina de sacar del horno las últimas trenzas de brioche.